

Luis Martín-Santos

Poesía

Obras completas V

Edición dirigida por Domingo Ródenas de Moya

Edición, prólogo y notas de Juan José Lanz

OBRAS COMPLETAS V



Galaxia Gutenberg

LUIS MARTÍN-SANTOS

OBRAS COMPLETAS V

Poesía

Edición dirigida por
Domingo Ródenas de Moya

Edición, introducción y notas de
Juan José Lanz

Galaxia Gutenberg

Edición dirigida por Domingo Ródenas de Moya

Publicado por
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: abril de 2026

© Herederos de Luis Martín-Santos, 2026
© de la edición, introducción y las notas: Juan Jose Lanz, 2026
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2026

Preimpresión: María García
Impresión y encuadernación: Sagrafic
Depósito legal: B 578-2026
ISBN: 978-84-10317-45-1 (volumen)
ISBN: 978-84-10107-35-9 (obra completa)

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte de las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

POEMAS INICIALES

El molino del Tormes

Al lado de la corriente,
entre rocas altivas,
álzase gris el molino,
el de las piedras pajizas.
Arrullado por las aguas,
semeja pasar su vida
(¡oh vida la del molino!)
durmiendo junto a la orilla.

¡Cuántos días no rodaron
esas ruedas de maquila,
cuando molía hace siglos
trigo blanco de Castilla!
Dormido entonces no estaba,
¡oh, no!, que entonces vivía.
Mil laboriosos murmullos
de sus paredes pajizas
salían al hondo valle
donde las aguas corrían.
(Siguen corriendo las aguas,
pero ya no se maquila).

Esas paredes hoy verdes
por hiedras, que de ruinas
son con el triste poeta
únicas fieles amigas,
eran entonces muy blancas,
con el blancor de la harina.

Por la senda que desciende
de la alta loma a la orilla,
bajaban largas reatas

de mulos desde las trillas,
transportando el rubio trigo:
(hoy sólo una cabra trisca
las hierbecillas buscando
entre las rocas bravías).

En ese negro agujero
linda ventana se abría,
y a saludar a los barqueros
de seguro que saldría
la más bella molinera,
de rubí hecha y de harina.

¡Cuando las barcas pasaban,
de seguro reiría
y algún barquero prendido
quedaría en su sonrisa.

¡Oh tiempo aquel el de antaño!
¡Oh antigua molinería!:
junto a las aguas del río
las muelas hacen harina.

... ..

Hoy la rueda está ya rota,
el molino no maquila,
y para el monstruo de hierro
tiende sus férreas vigas
orgullosa un puente nuevo
sobre las aguas tranquilas.

El molino del Tormes

(Nueva visión)

II

De nuevo ante ti, molino,
el dormido cabe el agua...

Cuatro olmos cenicientos
defendiendo tus espaldas;
y yo en la orilla, mirando
los rizos del agua clara.

Cuatro olmos cenicientos
moviendo mansas sus ramas,
con el soplo de la brisa
susurrando tus desgracias;
y yo en la orilla, mirando
los rizos del agua clara.

De tu pobre presa rota
el agua alegre escapa
y su alegría es perfume
de melancólica gracia.
De tu pobre presa rota
el agua despéñase y canta
con murmurios de sosiego
y restallares de lágrimas.

De tu pobre presa rota
el agua escapa y escapa...
Siempre la misma figura
hecha de móviles platas,
siempre el gesto repetido

entre las rocas que lava;
y yo en la orilla, mirando
los rizos del agua clara.

Yo me he tendido en la orilla
escuchando su voz clara,
y tú, molino dormido,
cabe las orillas escuchabas.

¿No han sentido tus cimientos
sus caricias sosegadas?
¿No se filtra hasta tus piedras
para besarte esta agua?

Yo me he tendido en la orilla
escuchando la balada
siempre dulce, siempre triste
del agua que se te escapa.

Yo me he tendido en la orilla
escuchando cómo canta
su dulce canción tan triste,
su ronca canción tan brava...
...Y, mirando hacia lo alto,
sólo las nubes pasaban.

Yo, molino, me he tendido,
escuchando tu voz clara.

(¿Es que han pasado los siglos,
es que han corrido las aguas,
es que se huye la vida,
es que se llega la nada...?)

Sólo las nubes se mueven
sobre tus olmos de plata...
Y yo, tendido en la orilla,
Escuchándote tus aguas.

.....

¡Adiós, molino del Tormes;
estás igual que ya estabas...
Y yo de pie, en el silencio
sin llantos, ni risas claras,
de nuevo ante ti, molino,
el dormido cabe el agua...!

Anatema sit...

I

La tierra gira envuelta en tímidas negruras.
Se pierden los confines. Se borran las figuras.

Te sientes débil mientras, con suave dedo pálido,
Escuchas, mortecino, tu amigo pulso cálido.

Hay un ensueño ingrave flotando en los jardines...
Alzas tu voz huraña e imprecas por los fines,

los límites y el sino... Pero, te sientes débil.
La voz se te disuelve, entre las brisas, flébil.

Lloras, entonces, lloras recordando tus miedos,
tus terrores de niño y tus pánicos quedos.

Cuando, desde las cosas, caían amenazas
sobre tu frente rubia... Entonces, entrelazas

tus dedos ardorosos y sosiegas. Tu llanto
fluye, empero, tibio. Un clásico quebranto

te roba de las carnes la fuerza. El vigor
huyó de las arterias. Tu ojo escrutador

cansado de negruras, se cierra. Elixir
nefasto impregna todos tus músculos. Vivir

se hace ya estéril. Un loco parece que despierta
en tu cerebro exhausto. ¿Está la puerta abierta

por donde tú te irás?

No sé, tras tus pupilas,
adivino, en capullo, las sofocantes lilas...

¿Después, ya, qué querrás?

II

Y es que, tras de las mieses desnudas en ofrenda,
tú sientes el regusto de la empinada senda.

Un germen de heroísmos te muerde y te subyuga.
Te ha ensanchado el pecho. Te esculpió la arruga

profunda, roja, fuerte, en la frente indomada.
Asoma en los desdenes de tu boca cerrada.

Y en el brillo insomne de tus ojos de estatua...
Mas tú lo has desdeñado. Quisiste más la fatua

podredumbre imposible para tu alma estoica.
Y quisiste esa lucha, para ti más heroica,

de olvidar el combate y en la carne hacer nido
de fragancias candentes. La blasfemia, el olvido

buceaste escarbando en muladares hoscos.
Y tus uñas lucientes se tornaron cual toscos

cuchillos que hozaran en la ciénaga inmunda.
La inmundicia encontraste más honda, más profunda...

E hiciste un altar. Y tu cuerpo estatuario
se postró ante el ídolo, cual vivo incensario.

Y un gran placer nefasto tus carnes conmovía
y un olvido eterno de la melancolía.

¿Después, ya qué querrás?

No sé, tras tus pupilas,
adivino, en capullo, las sofocantes lilas...

¿A dónde, a dónde irás?

GRANA GRIS

(1945)

Juventud

Siento ansias de algo imposible,
siento ansias que no sé expresar,
siento ansias de algo muy grande:
de luchar, de vencer y de amar.

Son vagos deseos que surgen pujantes
de las fibras más hondas de todo mi ser;
son los anhelos de pasiones vibrantes,
que quieren cuanto antes surgir y vencer.

Es todo el impulso de mi nueva fuerza,
es todo el impulso de mi juventud;
es que hay algo en mí que se esfuerza
en hacerme olvidar que hay vicio y virtud.

.....

Quisiera yo alzarme en son de conquista,
contra el mundo arrogante mi reto lanzar;
asirme al atleta que con más fuerza embista
y hacerle en el suelo el polvo tragar.

Quisiera domeñar yo solo a las fieras,
a los leones salvajes mi yugo imponer,
y saltando a la grupa de fieras panteras,
en su dura cabeza furioso morder.

Quisiera recorrer mil tierras ignotas,
los mares profundos quisiera surcar,
y después de las nubes de húmedas gotas,
quisiera los astros también visitar.

Quisiera luchar mil batallas triunfantes,
y después en más guerras audaz combatir;
marchar de victoria en victoria,
y antes que ser derrotado quisiera morir.

Quisiera ser César o Aníbal o Marte,
Aquiles o Héctor, o a la vez los dos;
el que a todos venciera en fuerza y en arte;
si pudiese quererlo..., quisiera ser Dios.

Quisiera en el mundo buscar la más bella,
con mi fuerza arrogante su amor conquistar,
y luego, entre flores, a solas con ella,
un beso en sus labios rojísimos dar.

.....

Yo no sé si esto que quiero debiera quererlo,
ni por qué siento en el alma esta ansia fatal;
ni jamás lograré llegar a saberlo,
pues ya no distingo del bien ni del mal.

Y es que muy dentro en mí mismo,
sin poderlo querer ni evitar,
siento ansias de algo muy grande,
siento ansias que no sé expresar,
siento ansias de algo imposible:
de luchar, de vencer y de amar.

Gaudere... Gaudere!

No más elegías en versos troqueicos de yámbicos metros;
no más elegías que tristes salmodien los bienes perdidos;
no más remembranzas de tristes fortunas do se hunden los
cetros,
la rosa se pudre y muere la bella tras tristes gemidos...

No.
Contempla.
contempla,
contempla...

Rojas rosas
olorosas,
primorosas
por doquier;
son cual hadas,
aromadas,
namoradas
del placer.

Los bellos cisnes.
albos esquifes,
los arrecifes
pueblan del lago;
sus largos cuellos
desperezando,
blandos nadando
cruzan el lago.

Ruiseñores
con dulzores
y blandores
de efusión
dan al viento
gay contento,
suave acento,
rico son.

Las puras aguas,
las claras linfas,
ágiles ninfas
moran, del lago;
sus cabelleras
de oro fundido
son el bruñido
rubio del lago.

La aurora ha nacido,
ya sube el sol por Oriente,

ya el prado florido
refulge en mil flores riente...

Cantemos...
Cantemos la dicha de amar ante el día.
Dancemos...
Dancemos brindando doquier alegría.
Amemos...
busquemos la boca que pueda ser mía.

No hay nada que turbe
la gran transparencia
del cielo azulado...

¡Que ante el dios Pan de las fiestas carnales el torso embriagado
se curve!
¡Que el cortejo de bellas bacantes anuncie su grata presencia!
¡Que Afrodita sonriente reparta las flechas del niño vendado!

(La gran Primavera de Grecia se acerca
y ansía ofrendarte sus mágicos dones).

¿No escuchas ya cerca
los rítmicos sonos,
los pánicos cantos
que entonan alegres, pobladas sus sienes de mirtos y acantos,
las gráciles ninfas
que, cabe el arroyo adornado de tenues nenúfares blancos
y flores de loto,
se gozan serenas jugando en las linfas?
¿No ves tras el soto
de aquel emparrado de vides pujantes
triscar anhelantes
las cápricas patas del sátiro ardiente?

Sumerge indolente
tu alma
en la calma

preñada de suave alegría
que muestra este día
la dulce osadía
de diosas desnudas
mostrando ante el cielo en triunfo
la carne en el alto deleite...

¡Unge tu cuerpo en aceite!
¡Festeja...!
¡Festeja...!
¡Festeja...!
¡Festeja la clara mañana, la fiel primavera de helénica fábula
añeja...!

No dejes que venza tu clara alegría
el gris agobiante
de la melancolía.
¡Que irrumpa vibrante
la sangre en tus venas!
¡Que llenas
se gocen de efluvios de vida pujante!

.....

(¡Sangre roja, sangre roja
que tu carne conmueva y exalte...!)
(¡Gayo gozo, gajo gozo
que tu alma desnude y esmalte...!)

.....

¡Mira, mira
cuál cruza los prados la diosa triunfante en su audaz desnudez...!

¡Mira, mira
cómo a su paso el cielo y la tierra se unen en una sin par embriaguez...!

¡Mira, mira

alzando los brazos, sus labios te envían la grata promesa que
canta la brisa

¡Corre..., besa...,
besa esos labios de púrpura y fresa y vena, al fin, al dolor tu
sonrisa...!

Princesita azul

Princesita azul de los blandos ensueños,
pasajera leve en el lago de amor,
te he sentido, fugaz, en mis sueños
cual alba paloma que sueña el azor.

Navegabas...
Navegabas triunfal en esquife dorado...
Dos cisnes, plumados de hielo, te portaban, ingrave, bajo el
 cielo estrellado,
entre olas de plata fulgente...
entre olas de plata y azul...

Navegabas...
Navegabas cual diosa que nace feliz de la espuma,
cual diosa en triunfo surcando su mar...

Navegabas...
estatua tus formas,
 belleza tu rostro,
 volcán tu mirar.

En tus sienes fulgían dos cálidas rosas...
 dos cálidas rosas
 de rojo color.
De tus ojos salían dos pálidos rayos...,
 dos pálidos rayos
 que hablaban de amor.

Tu cabello, a la brisa esparcido, flotaba ondulante hacia atrás,
en sus oros hacía reflejos de luz irisada la luna en su paz...

Toda airosa surgías, ¡oh esencia de gracia!
emblemática y dulce, de la noche en el tul,
cual hada que porta armonías en torno,
cual hada que cruza, en la noche, el azul.

Y la túnica suave que grata envolvía tu cuerpo imperial
desplegada por brisa piadosa al fin se ha perdido, hundida en
el mar.

(El tiempo impaciente prendido ha quedado, sumido en la gloria
del áureo momento...
la luna ha besado la grata silueta que, en formas de bronce, tu
gracia mostraba...
y el céfiro suave tu piel ha rozado en ávidos giros de nube de
incienso...)

.....

Flotaba entre brumas el frágil esquife,
recorriendo del lago
la ruta de amor,

y en la orilla, extasiado, tendía sus brazos,
ansiendo un ensueño imposible
tu pobre amador...

.....

Ha cubierto mis ojos
un velo encantado de mágico tul,
ha cubierto mis ojos...,
mas no te he olvidado, princesa de azul.

Elegía a la bella suicida

Mira, amigo: en las aguas del río, piadosas y tristes,
baja, exangüe ya y muerta, la bella suicida.

.....

En las mansas ondas tranquilas que suaves recorren su cauce,
¡oh qué bella desciende!, cual en lecho de plumas dormida.
Sonríen, orlados de pálido intenso, sus cárdenos labios,
un frígido beso imprimiendo, en las aguas plomizas.
Sus párpados velan las glaucas pupilas de grises inciertos,
cual las hojas resguardan y cubren la viola florida.
Un blanco marmóreo, que es hielo de muerte, de frío y de
lluvia,
las rosas oculta que antaño lució en sus mejillas.
Los rubios cabellos estela dorada procuran al cuerpo,
que –frágil esquife de nácar– transcurre en las linfas.

Mira, amigo: he pensado, mirando ese cuerpo desnudo,
de mil perfecciones en frígido lecho dormidas.
He pensado esta tarde de nubes grisáceas y oscuras.
ante el cuerpo armonioso y tranquilo, en la bella suicida.

.....

(Yo comprendo, desdichada mujer que en la nada te arrojas,
el angustioso porqué de tu gesto de trágicas líneas.
Yo comprendo por qué, tras la vida en que nunca de amores
gozaras,
amorosa resurge, en la muerte, tu triste sonrisa.

Y comprendo por qué con cariño me ofreces un gélido abrazo
y por qué, entre las aguas, tus gracias dejaste a mi vista.

Por qué esta tarde –ya muerta– tu talle desnudo en el río
es más grácil y airoso que cándida palma florida.
Y por qué tus pechos de mármol perlado de nieves, más que
siendo
cual fueron, de rosas calientes, son bellos sin vida.
Lo comprendo, mujer; mas no temas; secretos no rompo; guardaré
también en mi pecho, el que explica tu extraña sonrisa).

.....

Mira, amigo: en las aguas del río, piadosas y tristes,
pasa, exangüe ya y muerta, la bella suicida.
Imagina conmigo, un momento, el conjunto de gris melancólico
que forman el río, las nubes, su extraña sonrisa...
Imagina, ¡ay, amigo!, esta tarde la pobre vidita tronchada
que en el agua a la tumba salobre, ya muerta, camina.

(El río prosigue su lento camino hacia el mar anchuroso;
las nubes lo cruzan en calma al soplar de la brisa.
Los chopos en larga columna los bordes recorren del cauce,
los sauces derraman sus llantos, en paz, a la orilla.
Y la muerta –belleza de carnes ardientes trocadas en mármol–
porta aún en las aguas grisáceas su triste sonrisa).

¡Cuánto guardan sus ojos brumosos por siempre cerrados
a la luz que rompiendo tinieblas alumbra la vida!
¡Cuánto oculta su frente armoniosa de blancos destellos
tras los rubios cabellos que en ondas del río se rizan!
¡Cuánto amor hacia el mar y sus aguas salobres navega
en el grato pecho abundoso que el agua acaricia!
¡Cuánto, cuánto, por siempre perdido, cariño y consuelo,
por nadie gozado, se pierde esta tarde tranquila!

Mira, amigo; en las aguas del río, piadosas y tristes,
marcha, exangüe ya y muerta, la bella suicida.

.....

(Adiós, pues el río te arrastra en su mansa corriente;
adiós, tronchada, aún en flor, pobre vida.
Adiós, mujer que contemplo dormida en la paz de las aguas;
adiós, adiós para siempre, ¡oh bella suicida!

Vete en paz recorriendo ese largo camino hacia el mar que te
espera,
vete en paz... Mi alma agradece, ¡ay dolor!, tu sonrisa).

.....

Mira, amigo: en las aguas del río, piadosas y tristes,
se pierde a lo lejos –¡tan blanca!– la bella suicida.

Amigo que pasas conmigo esta tarde brumosa, ¡lloremos!;
¡tal vez llorando olvidemos su triste sonrisa...!

Nocturno mitológico

I

En medio del bosque que antaño ocultara misterios sangrientos,
al pie de un arroyo, en las noches de luna, irisado y fulgente,
cubierto de árboles que al cielo levantan sus trémulas ramas,
se alza armonioso un templo de mármol.

II

En sus altas y airoas columnas de austera armonía en volutas,
se ocultan las flébiles sombras, buscando un refugio diurno,
cuando el sol, sobre el bosque olvidado de vívidos verdes,
pasea triunfante su luz cegadora.

III

Mas luego, llegada la hora sin par del crepúsculo austero,
con lánguidas pausas las sombras dormidas el templo abandonan
y ocupan de nuevo el espacio anchuroso del bosque en tinieblas,
pobladas de duendes y mágicos trastos.

IV

El arroyo, entretanto, murmura, besando las plantas de añejas encinas,
y en sus aguas, ya verdes cual mares profundos, refleja la luna

la silueta imposible y cambiante que forman las móviles hojas
que el ritmo acompasan al céfiro suave.

V

Entonces el bosque se pliega en profundo silencio en sí mismo,
una atmósfera de hálito extraño lo envuelve en umbroso misterio:

todo él parece que espera, pausado, en la noche tranquila
la explosión jubilosa de un cántico heleno...

VI

Yo, acaso llevado del hado impreciso que mueve mis pasos,
cruzaba aquel bosque una noche, sumido en las móviles sombras,
y al llegar al remanso tranquilo do el mármol envía su gracia al
arroyo,
quedé sorprendido, perdida la voz.

VII

Un rayo de luna alumbraba los blancos fulgentes del templo:
era pálido y tenue: cual hilo de seda, perdido el capullo,
y trenzado por manos de virgen campestre con mimo de amiga
y aromas de novia en noche de mayo.

VIII

Y en la vaga blancura que al bosque envolvía en el claro de
luna,
surgían esbeltas las altas columnas del templo, armoniosas,
sosteniendo ingrares estatuas de sátiro en fiesta lasciva
y de gráciles ninfas de rostro divino.

IX

La luz envolvía sus formas en un halo de intenso misterio...
Yo, callado, quedaba en la sombra, sin romper con mis toscas
pisadas
el encanto sin par de la noche en que vi en el claro del bosque
el mármol inmenso en rayos de plata.

X

Mas de pronto, en lo alto, se oyeron los sonos extraños y tiernos
que la cítara exhala, pulsada por mano de núbil esclava,
en la estancia del sabio ateniense que rítmicos sonos escucha
por gustar la armonía, la gracia, y la paz.

XI

Y del templo, la hiedra cayendo, admiré las estatuas perfectas
que antaño forjaran en mármoles fríos artífices griegos.
(El rayo de luna que un hilo semeja, en la noche, de seda
acaricia sus formas, resbala en su piel).

XII

Después, armonías más vivas surcaron etéreo el espacio,
de cítaras suaves que cantan de Pan la perfecta alegría
y arrebatan el alma a la danza en que, ebrios de mosto caliente,
los cuerpos se entregan al ritmo también.

XIII

Y, al conjuro de sonos tan claros, de música por mí nunca oída,
las figuras marmóreas del templo esculpidas, inertes estatuas
trocadadas en carne armoniosa, bajaron danzando a la verde pradera,
portando guirnaldas de mirto y laurel.

XIV

Ya los sátiros, en lúbricos juegos, perseguían ingravidas ninfas;
ya de Pan los ojuelos lascivos se encendían en fiebre de ansias,
y ya el mosto espumoso y rojizo, de las cóncavas cubas panzudas,
salía a raudales, cual río de sangre.

XV

Ya todo el prado fulgía en mil flores nacidas en brusca eclosión,
ya, en el arroyo, saltaba la espuma entre juegos de náyades bellas,
y ya el bosque, animado de mágicos ritmos, vivía otros siglos
de gracia triunfante, belleza y vigor.

XVI

Sola, aún tranquila, quedaba una estatua de Venus desnuda:
sola, aún serena en su gloria, extendía sus brazos amantes
y lanzaba hacia mí una sonrisa de gratas promesas preludio
que en el mármol austero jamás entreví.

XVII

La luz plateada caía de lleno en sus pechos turgentes,
sus ojos fulgían cual dos esmeraldas con brillo amoroso, inci-
tante;
y sus formas de jónica gracia a mí se ofrecían labradas
en carne olorosa de claro fulgor.

XVIII

Las bacantes, en gayo cortejo, su estatua inmortal rodeaban;
todo el bosque, hacia ella inclinado, se rendía a su gracia sin
par,
y yo, en la sombra, los ojos muy abiertos, admiraba su etérea
silueta
bañada en los rayos de pálida luna.

XIX

De improviso sentí mi energía liberta alzarse en mil ansias,
y noté que mis ágiles miembros me impulsaban ardiendo en
amor,
y desnudo me vi como ella, divina Afrodita de mármol,
trocado en la noche en carne imperial.

XX

Me lancé, me lancé a sus brazos, de amor inexhausto cargados,
la abracé con las ansias del Marte guerrero amante al regreso,
y, buscando sus labios, dulcísima púrpura por mí ensangren-
tada,
la amé con las ansias del toro encelado.

XXI

Sólo entonces la divina Afrodita perdió su marmórea altivez,
y posando su brazo perfecto en mi hombro de carnes ardientes,
me miró con sus ojos por Fidias soñados en noches de fiebre,
y me besaron los labios que Zeus envidia.